

# OCTAVIO UÑA: “NO SUBAS HACIA ESE TREN, QUE HACIA EL OLVIDO SE DISTANCIA”. “ILUMINARIA.POESÍA REUNIDA (1976-2017)”

Por Manuel Quiroga Clérigo

**Octavio Uña: “No subas hacia ese tren, que hacia el olvido se distancia”. Publica “Illuminaria.Poesía reunida (1976-2017).Sial Edic. Madrid 2017**

**Manuel Quiroga Clérigo**

*La poesía siempre está sujeta a la emoción del poeta. Octavio Uña Juárez, como buen filósofo y conocedor de la mística religiosa es, también, un estudioso de la sociedad de este mundo amenazado por todos los elementos materiales, desde las compras masivas hasta los egoísmos personales. Pero como un buen poeta es al tiempo el más apasionado espectador de los paisajes y un ser capaz de convivir con la alegría y con la adversidad. De todo eso, y más, habla en sus versos que viene reuniendo en libros desde hace más de 40 años. El primer poemario publicado data de 1976, el titulado “Escrito en el agua”, aunque nos consta que su filiación lírica ya era anterior, seguramente de sus años de animador cultural en San Lorenzo del Escorial donde, además de aplicado estudiante fue profesor y llegó a tener responsabilidades diversas.*

*Vincent Van Gogh, que pintó más de 800 magníficos cuadros y sólo vendió uno, decía “Quiero llegar a la gente a través de mi obra”. Pues esa misma intención es de muchos autores que, dedicándose a una profesión apetecible, ven en la poesía una, u otra, manera de llegar a los demás. Y Octavio Uña ha llegado y eso queda de manifiesto en este magnífico tomo que Sial Ediciones pone en las librerías dentro de su colección*

*Contrapunto y que nos ofrece en 1129 apretadas páginas casi todos sus versos pues siempre quedan algunos en revistas, cuartillas escondidas en libros, poemas dedicados a la mujer amada... Contiene el ejemplar tanto sus poemarios como una serie de apéndices que guardan pregones, delicadas páginas denominadas plenilunios donde se levanta acta de las actividades culturales del inefable Cafetín Croché, prólogos de distinguidos intelectuales a alguno de esos libros y la extensa e intensa bibliografía acerca de la obra del autor.*

*A fin de repentizar algunos de los muchos intelectuales que se han ocupado de la obra de Uña advertimos en los mencionados prólogos a sus libros firmas de gran notoriedad en nuestro panorama cultural. Las palabras preliminares de "Edades de la tierra" son de Alfonso Álvarez Villar, Profesor de la UCM, que, siempre entre otras indicaciones memorables, decía: "Yo tengo fe en Octavio Uña, yo tengo fe en su temple de sabio libre y noble, tras cuatro décadas en las que, agotada la corriente inicial de los años jóvenes, se agostó ese jardín. Pero la vida, la vida orgánica y la del pensamiento es siempre milagrera como aquella encina caída del verso de Machado. El presente libro es una de las flores que le han brotado aquella encina". En "Antemural" dejaba su huella el insigne filósofo José Luís L. Aranguren: "Una Castilla va muriendo y otra renace en la palabra poético-meditativa de este libro". Ramiro Flórez, Catedrático de la UAM, al inicio de "Usura es la memoria" recordando que "La palabra, nos dice también el poeta, es ya claridad, el `supremo don del día`. Hace su camino de ida y de retorno y nos devuelve esenciada la realidad y la conciencia. Porque siempre está en pie y en sol despierta". En el prólogo a "Ciudad del ave" Ludwig Schrader, Catedrático de la Universidad de Düsseldorf, declara: "Confieso que para mí, el encanto estético e intelectual de las poesías de Uña Juárez reside sobre todo en esta constelación dinámica que hace posible la identificación aparentemente paradójica de entidades y niveles distantes". En "Labrantíos del mar y otros poemas" María Teresa Bertelloni, Catedrática de la Universidad de Puerto Rico, empleándose a fondo en su prólogo, proclama: "No hay duda que Octavio Uña Juárez, superada ya la*

*tentación moral del compromiso con su tierra, se ha adentrado en el mundo de la poesía sin apelativo. Parafraseando sus versos podemos afirmar que ha emprendido el último viaje, el viaje sin retorno de aquel que ha encontrado la palabra para tentar el misterio". El prólogo de "Cantos de El Escorial" lo firma nada menos que el académico José López Rubio: "...el cantor de esta obra es un joven amigo, Octavio Uña, cuya lectura ha reavivado, con lírica perfección, el recuerdo de muchas horas, y en el corazón "la perenne presencia" del Escorial "cautivo y enamorado" con su cortejo inacabable: el bronce de Leoni, los viejos cubos de Cabezón, la Torre de la Botica, la voz de Giordano y Villacastín "atando cabos". Inicia el filólogo Luis Alberto de Cuenca, ex Secretario de Cultura, "Crónicas del Océano" recordando que "Octavio Uña es el ejemplo de un modo de ser particular y especialmente necesario: el del erudito enamorado de la vida". En "Cierta es la tarde", este comentarista escribe que en tal poemario "resurgen la esperanza, las claras sinfonías, ciertas banderas blancas, los desvanes de luz, el sosegado orégano que sigue perfumando". Rosa Navarro Durán, Catedrática de la Universidad de Barcelona, en el prólogo a "Puerta de salvación" dice: "La poesía es el lugar de la experiencia mil veces renovada. La memoria sirve de lazarillo para que podamos encontrar en ella lo que nos emocionó y renovar así la vivencia. Casi siempre el estado de ánimo del lector es el que pone los puentes para la incursión en los versos y lo hace buscando sentimientos paralelos o espacios para el olvido. Sólo la belleza de lo creado puede luego lograrlo". Comienza "Castilla, Plaza Mayor de Soledades" el prestigioso intelectual que fue Pedro Laín Entralgo y de su prólogo destacamos una frase de gran intencionalidad: "Octavio Uña es poeta, y sólo nos habla de aquello sobre lo que los poetas tienen incuestionablemente señorío: la palabra". Para el prefacio de "Estaciones de abril" el autor eligió al eximio poeta y demócrata Leopoldo de Luis: "Octavio Uña es poeta que, sin cultivarlos como moda-tan del momento- acusa la presencia de elementos culturales en sus versos". Emilio Blanco en un escrito titulado "Yo miro y amo": La poesía amorosa de Octavio Uña" recuerda que ésta (la poesía amorosa) "de Uña ha evolucionado desde unos*

*orígenes más convencionales hasta alcanzar una voz propia sin perder nunca de vista unas coordenadas propias, personales, únicas, que la hacen intemporal". Y ya, el propio Octavio Uña deja en estas páginas una "Poética" publicada originalmente en "Cuadernos de Investigación de la Literatura Hispánica" de la que leemos los últimos párrafos: "Aunque hija del taller, del labrantío "ad unguem", la poesía dice de la biografía de un tiempo y hora, y se quiere contraindicante, debeladora e infundiendo eternidad al tiempo. Ella mueve y adelanta su empeño azotando las cosas, como acróbata del furor, hacia un "topos" sin fin. Ella es llenumbra y río. Río de fuego".*

*En un bien documentado prólogo a esta "Iluminaria", Elías Rodríguez Díez, además de hacer un pequeño y clarificador análisis de cada uno de los poemarios que siguen a sus palabras, se dirige al lector, cuestión elegante y de buena educación que debería incluirse en la mayoría de los libros, diciendo: "Vas a leer el viaje de un hombre por el mundo. Él te irá enseñando, como los ríos en sus aguas, las riberas por las que pasa, las torres de las ciudades, los puentes, los páramos, los cielos y los montes, las fiestas, los trabajos de las gentes, sus soledades y sus amores, hasta llegar al océano, en cuya inmensidad se adentrará para alcanzar, sobrecogido por el eterno vaivén de las olas, territorios asombrosos"*

### **...Octavio uña Juárez o lo que fuimos, lo que fue el poeta**

Por entonces éramos más jóvenes. En el curso 1972-1973 comenzó a impartirse la Licenciatura de Ciencias Políticas y Sociología en la Facultad de su nombre, al lado del Edificio de Semillas del Ministerio de Agricultura en la Carretera de La Coruña (todo se llamaba así, luego fue cambiando). En las secretarías, en las colas para entrar en las clases, en los tablones de anuncios nos agolpábamos estudiantes recién salidos de los Institutos y otros ya con carreras terminadas y, hasta, con Doctorados en su haber. En mi caso la cercanía de iniciales del apellido

me fue dado convivir con Mary Carmen Rodríguez, funcionaria del INE, Miguel Roiz Célix, Octavio Uña Juárez... De aquel conglomerado de alumnos muchos terminaron siendo profesores en distintas instituciones, otros nos quedamos solamente en poetas. Octavio Uña, religioso agustino, ya había publicado varios libros, uno de ellos, "Mediodía de Angélica", de justa celebración, pero su andadura seguía teniendo parcelas místicas y también, ¡cómo no!, de cierto clandestinismo político, pues el momento era clave para deshacernos del bagaje de una España atenazada por el franquismo y sus bárbaros y opresivos gobernantes. Es notorio un acto varias veces recordado: con frecuencia acudían políticos de izquierdas, sindicalistas, algunos revolucionarios gratuitos. En una de aquellas ocasiones fue Marcelino Camacho el que arengaba al personal desde un utilitario en la propia entrada de la facultad.

— Tenemos que acabar con el franquismo, desmontar los sindicatos verticales, ¡aspiramos a la libertad!.

Se oían aplausos. Lógicamente. En un momento dado Camacho, muy tranquilo, dijo:

— Creo que tenemos visita, así que a dispersarse y a no armar jaleo.

El jaleo lo armaron los grises, como siempre, los empleados al servicio del Estado (de aquel Estado), que a la muerte del dictador se convirtieron en demócratas de toda la vida, igual que los esbirros de la Secreta que a veces se matriculaban para espiarnos y ver si alguien hablaba del marxismo o de otros venenos de la época (tema todavía no estudiado profundamente en nuestro país). A veces había sangre en los pasillos y escaleras de la facultad, en otras ocasiones inmovilizaban nuestros coches o nos prohibían salir a la carretera a tomar el autobús y, sobre todo, avanzar en manifestación hacia la Moncloa. En una de esas ocasiones fueron detenidos varios estudiantes y Octavio Uña, vestido con el hábito precioso de su orden, se dirigió a donde fuera, seguramente la Cárcel de Yserías, a solicitar la libertad de una de aquella detenida, compañera de su propia Facultad y detenida en aquella ocasión.

Pronto llegó Suárez, el propio Uña se metió un poquito en política defendiendo las ideas castellanoleoneras o algo así y la Presidencia del Gobierno se instaló en nuestro jardín, quiero decir en el entorno de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología, donde convivíamos con docentes preclaros como José Antonio Maravall, a la vez Director de “Cuadernos Hispanoamericanos”, José Vidal Beneyto, Luis González Seara, Díez Nicolás, Amando de Miguel, Fernando Ariel del Val, María Carmen Iglesias, Carlos Moya Valgañón, José Antonio Ortega y Díaz-Ambrona y un largo etcétera que, luego, fueron tomando posiciones para una, digamos, reconstrucción de la perdida democracia tras la insurgenencia de 1936.

Uña se secularizó, contrajo matrimonio con una buena compañera también activista de aquellas horas, y siguió analizando la escolástica, las ideas de Santo Tomás de Aquino, la poética de Pablo Neruda y la visión progresista de tantos y tantos hombres que hicieron posible una Transición modélica en España, aún no terminada, desde luego. Consiguió nuevas cátedras, siendo profesor en tierras gallegas y, ya más tarde, trasladado a Castilla La Mancha se esforzó con otros compañeros en la creación de la, aún, flamante Asociación Castellano-Manchega de Sociología, cuyos congresos en Almagro, Valdepeñas; reuniones de trabajo en Albacete, Toledo y otros encuentros en el resto de España dan fe del enorme bagaje intelectual tanto de Uña como de aquellos sociólogos y afines que tienen la labor diaria como base de su trabajo y de sus investigaciones.

En nuestro caso me precio de haber tenido a Octavio Uña Juárez, Lorenzo Navarrete y a Miguel Roiz, entre otros compañeros, como miembros del Tribunal que juzgó mi modesta tesis doctoral titulada “La crítica literaria como fenómeno sociológico” dirigida por Luis González Seara y, afortunadamente, bien apreciada por todos ellos.

De sus trabajos y sus noches obtuvo algunos resultados, muchos y bien reconocidos, como la publicación de nuevos libros de toda índole, ensayos de ciencias políticas, de filosofía religiosa, manuales para

estudiantes y, ahí vamos, poemarios de variada factura pero siempre con la mirada puesta en el ancho mundo, en los viajes por el universo vivo, en la delicia de las féminas de todas las latitudes, en los atardeceres maravillados y en los amaneceres que el Creador o la fantasía numérica de las estaciones nos permiten disfrutar. Algunos de estos libros de versos con entrañables para mí mismo como "Cierta es la tarde", en el cual el autor me obsequió con la posibilidad de insertar unas palabras como prólogo o pórtico de sus andanzas donde yo recordaba que "el poeta suscita escalofríos, horizontes perfectos; planta árboles nuevos en espacios de calma". Y donde el mismo Uña recordaba los horizontes por mi tan queridos de Cantabria ("Por Oyambre mil aves repetían/ la región de la almas. Blancos cisnes/de roda al paraíso" aunque no olvida en otras ocasiones la reciedumbre de Castilla y de León, de su Zamora natal donde también nació, en Castroverde de Campos, mi abuela materna. Y también queda como testimonio y no ligera expresión ese impresionante poemario titulado "Puerta de Salvación" que, animado por mí mismo tras la publicación de mi poemario "Crónica de aves (El viaje a Chile)", publicó en la Biblioteca CYH. Ciencias y Humanidades capitaneada por el gran editor y traductor Víctor Pozanco. Me refiero, naturalmente, a un libro del que Rosa Navarro Durán diría que "No hay en él más espacio que la propia poesía". Así es pues el autor, catedrático, amigo, amante de los sueños y la vida escribe en él: "Esta vida mortal inconsolada/ rompe su don, y triste/ya sin destino./fuimos para el amor, mas entregados a lenta desventura, y sólo huellas/de dicha y paraíso". Si, la Sociología, la existencia y la poesía unidas en el mismo sitial.

### **Noticia (variable) de los poemarios de Octavio Uña**

Resulta que Uña Juárez también es autor de libros de filosofía, manuales para estudiantes, tratados de sociología, etcétera. Pero un estudio de todos ellos requiere, requerirá, una atención extensa. Damos

cuenta aquí, a título de recordatorio, de todos los poetas que contiene esta "Iluminaria", aunque en el transcurso de los años, más de 40, ya hemos tenido ocasión de comentar (casi) todos los libros de versos del autor y publicar estos comentarios en medios diversos como "Cuadernos Hispanoamericanos", "El Correo de Zamora", "Ecos de la Sierra", "Escorial", "Informaciones", "Pueblo", Revista "Nueva Etapa", "Crear en Salamanca", "República de las Letras", seguramente "Turia", "Los Cuadernos del Matemático", "Cuadernos del Sur" y algún otro. Así que ahora nos cumple, como se dice en Asturias, hacer un breve balance de esa labor poética ingente que ha llegado a reunir en un tomo tan voluminoso no hace más que confirmar el valor y la dedicación que su autor da a la poesía y eso en un mundo tan orientado a la fabulación gratuita y al trabajo, a veces doloroso porque si no no sería trabajo como recordaba Agustín García Calvo. Y así están los versos detenidos, memorables, prestigiosos de "Escritura en el agua", que vieron la luz en 1976 en Taller de Poesía Vox. Como muestra ya aparece el primer soneto, que viene a clarificar todo el pasado (hasta aquel entonces) del poeta: "Mi vida fuera escrita toda en agua...", que va a comenzar a configurar una poética enmarcada en el espejo de la personalidad del poeta, luego agrandada por múltiples lecturas, viajes, alegrías, fracaso, néctares de vida. Es un libro importantísimo, hermoso, clarificador, excelso en el cual el mundo comienza a ser terreno lírico y la inspiración se aferra a los paisajes y a las vivencias. Elegimos un poema fantástico escrito en Castro Urdiales, tierras de mar y viento, en 1975: "Jamás el cielo vencerá esta orilla./Las olas lloran verdes por besarla./Jamás tu sed apagarás, Castilla,/lejano mar de la cintura ingrávida". Y para quien quiera soñar con la eternidad que se refugie en esa "Elegía a León Felipe Camino" y despierta solo en primavera a las puertas de Tábara: "Tu volverás, hispano de decir omnipotente,/volverás siempre nuevo,/como las olas del mar que tú cantaste,/aunque estés ya del lado de los muertos...".

Seguimos con esas "Edades de la tierra", colección de versos que vio la luz en "Nudo al alba" (1977) y dedicado "A mi padre. Él me enseñó a

mirar el infinito/corazón enterrado de Castilla”, y lo dice un zamorano que, como Claudio Rodríguez o Jesús Hilario Tundidor ven en la tierra castellana la tierra prometida pese a ser León un reino antiguo, donde nació el parlamentarismo según ha estudiado el escritor Juan Pedro Aparicio. Y es que Castilla es más que una geografía, es una pasión, una manera de enfrentar el mundo. Tiene además sus guardianes, sus defensores como el sociólogo segoviano de Lastras de Cuéllar, Ignacio Sanz Martín o el eclesiástico de orbes elevados que es José Jiménez Lozano. En “Edades de la tierra” es el mundo rural, la existencia de lontananzas y quebradas, el espacio de las aves y las madrigueras, la piedra de las iglesias, el habla campechano de sus gentes. Hay un “Brindis”, convertido en Pregón de las Fiestas de los Mozos de San Lorenzo del Escorial de 1969, cuando había mozos y la vida se presentaba demudada pero grandiosa: “Yo brindo, amigos y amigas,/por el sol de la piedra:/la cincelada centella/del Escorial de Castilla”. El poeta endereza las ilusiones amodorradas por las fatigosas faenas diarias, por la pizca de soledad que asalta a los espacios vacíos y las convierte en rimas, en música, en vestidura de hadas y en refugio de caminantes. Eso es este libro, sobre todo. Al lago de Sanabria dedica unos versos jugosos, imprescindibles, grandiosos. “Callado va su encanto hacia las mudas aguas./Tarde de castaño la miró,/subida al viento se acercó a besarla./Piedra,/¡piedra afortunada!”. El poeta sigue su camino, relata las experiencias del árbol y la vida, de la comadreja y la hermosa aldeana y, en todo ello, va midiendo esas edades, esas muestras del dolor que la tierra experimenta y que lo hace tan calladamente a la vera de los cipreses o ante la lejanía de montes y cerezos. Reproducimos completo el poema titulado “Segadores”: “De allí le vino al sediento/muda sed:/mirar, mirar hacia el monte/y no ver/cristal regalo de fuente/y beber./La gota muda en su frente/sin caer,/lágrima vieja en sus ojos/que sorber”. Poesía líquida pertinente, sosegada, analítica, curiosa a veces, y otras tantas preocupada por el devenir de esos mundos a la deriva que los habitantes de las grandes capitales suelen olvidar de manera precipitada. Con este comentario, parte del

que apareció en la página tres de “El Correo de Zamora” el 24 de mayo de 1978, se trata de justificar la necesidad de hacer una poesía de límites precisos, de audacias concretas, de particularismos necesarios, de situaciones líricas plenas en suma. Son situaciones que desean demostrar que igual de importante que la amistad es un paisaje, una ensoñación, un arco iris; que igual de valiente es amar a Castilla que sentirse impregnado, como es el caso, de esa religiosidad de que hace gala, seguramente sin proponérselo, Francisco Octavio Uña Juárez en sus escritos. Y es que en “Edades de la tierra” a cada paso, a cada verso, surge un fulgor lírico de recia extensión, de precisas imágenes, de ese correcto apasionamiento por las geografías y los sentimientos que no muchos poéticos saben llevar a sus creaciones literarias. Pero si el autor es un intelectual de honda raíz religiosa su misma ocupación, y preocupación, le muestran como un hombre ambicioso, retador ante las adversidades, estudioso de problemáticas e inquietudes humanas variadas, elegante caballero ante las esencias de horizontes limpios o de violencias mundanas, como son esos territorios hábilmente destruidos o dañados por la inacción de instituciones o reciedumbres apocalípticas. Así, se dirige a su espacio (casi) preferido: “Castilla, muerta te quieren mis ojos, de una vez muerta”. Este libro con 152 páginas, no de lamentos, de apreciaciones reales con las audaces vivencias de un intelectual preocupado por la poesía en su más amplia extensión, de un poeta reclinado ante la reflexión y la indagación filosóficas, pero, sin perder nunca el entusiasmo universitario, el del estudioso continuo, del amante de los grandes místicos, de Juan de Yepes y Teresa de Cepeda y Ahumada, Sor Juana Inés de la Cruz (de la que Octavio Paz escribió una venerable biografía: “Sor Juana Inés de la Cruz, o las trampas de la fe”: “Sor Juana se hizo monja para poder pensar”), el Lope de Vega místico o el Ramón Llull, tan venerado por catalanes y mallorquines. “Edades de la tierra” se alza, así, como un verdadero canto a la villa majestuosa elegida por un Rey de la Casa de Austria para edificar el famoso Monasterio. Hablamos, ya se entiende, de Felipe II, el Rey Tiniebla como le denomina el escritor granadino Antonio Enrique

en un largo estudio. El Escorial y sus alrededores, San Lorenzo incluido, los montes y valles, las campanadas retóricas resonando en la piedra de Juan de Herrero, son lugares en los que ha transcurrido muchas horas de la vida del poeta, antes, durante y después de sus etapas de estudioso, viajero. Por eso habla de ese "Escorial de la frente pensativa" hacia el hallazgo de una Castilla fértil, pero "flagelada y muda", como la denomina Ignacio Sanz. El apartado denominado "Tierra natal" es todo un descubrimiento, aunque demorado en otros de sus poemarios, de la historia real de algunos trozos de la vida del poeta, los cuales surgen como explosión de gozo y de amarguras al mismo tiempo. Pocas veces fue posible tanto lirismo ni se advirtió tanto dolor a cuestas. Donde la tierra comienza a envejecer, por influencia de los hombres y del paso de las estaciones, allí se encuentra la poesía de Uña para llenar de aire fresco todos los ámbitos, pare ofrecer cierta melancolía o la angustiada felicidad que puede invadirnos cuando todo lo que nos rodea (sucesos, historias, amigos, declives políticos, dudas religiosas) nos lleva a sumergirnos en una bella insatisfacción llamada, simplemente, Castilla.

En 1979 ve la luz "Antemural. De una elegía por Castilla", publicado en El Toro de Barro, la editora inmortal que animó en Carboneras de Guadazaón (Cuenca) el clérigo y, también, poeta Carlos de la Rica. Aquí sí que suena el dolor por el territorio empobrecido y vilipendiado de aquel reino que fue el motor de las Españas durante siglos y que han cantado tantos escritores y poetas españoles y del mundo. Vicente Aleixandre se asomaba al amplio ventanal de su casa de Miraflores de la Sierra y decía a sus amigos alborozado: "Esto es Castilla...", hasta que un día los políticos trémulos, ganapanes e insidiosos quisieron borrar a Castilla del mapa, aunque no lo lograron porque sigue existiendo en los versos de Antonio Machado, de Gerardo Diego, de Pablo Neruda y César Vallejo, de Blas de Otero y Celaya, de García Lorca y Rubén Darío; en las páginas de "Azorín" y Andrés Sorel, de Manuel Criado de Val (el gran andariego), de Octavio Uña: "Decid al viento que vuelva/y recoja los frutos/sembrados en roja tierra". Recordaba Julio Llamazares

como un buen día se acostó siendo leonés y al día siguiente, por obra de Martín Villa y otros zascandiles de la llamada transición, se levantó convertido en castellano-leonés, que es como no decir nada, pues las identidades no se pueden modificar a golpes de Boletín del Estado. En fin. En “De las referencias”, una de las partes de este libro, leemos: Esa cigüeña que cruzó Castilla/y, con las hojas,/se perdiera en la nube,/era el dios del retorno:/blanquinegro profeta,/que midió las edades con su remo”. Esa desolación, la pertinaz sequía de la que hablaban los ministros calvorotas del franquismo, esa huida de sus gentes de los mundos del dinero, a la metalurgia de Reinosa o Euskadi, en los empleos mal pagados de Madrid y Barcelona, a las vendimias de La Mancha, a la avaricia no limpia de nazismo de Alemania forman parte de una historia poco escrita pero que fue dejando a Castilla muda. “Fríos en la memoria” titula Uña unos versos: “Antemural y muro y piedra sobre piedra./Besa aquí, peregrino, los pies lentos/de las eternidades”. En vez de desconsuelo, esperanza. En vez de lágrimas, camino para seguir hacia el futuro, aunque el dolor se queden en las paredes de adobe que poco a poco se irán derrumbando. Ya están derrumbadas, lo hemos visto ayer mismo. Entonces el poeta se convierte en protagonista de la despiadada realidad: “Mírate aquí, Francisco Octavio, mudo,/en la piedra horadada de estos goznes/que el abuelo plantó y que aún perviven/rojos de herrumbre./Pasan con el aire/esencias de un amor edificado”.

“Usura es la memoria” de 1981 y publicado por Editorial Vox es una clara melodía-homenaje a los filósofos del mundo y a los habitantes de la soledad. El libro está dedicado a Pedro Laín Entralgo que “miró también hacia el largo día de Castilla”. O sea que en el ánimo está no abdicar de una memoria que, cuando menos, nos permitirá mantener vivas una tierra, una infancia y unas vivencias que ni los trabajos ni los días interminables nos harán erradicar de nuestra díscola mente. Es una preciosa manera de no vulnerar lo que vive en el ámbito del pasado y nos permitirá ir reconstruyendo el futuro. “Mujer que vuelves a la fuente y como el ave cumples ritos del día./Ya no mana este año o se embarcó

por sendas/secretas viejo beso tan constante a la plaza./No, no llores con tus lágrimas aljibes/que alumbraron un día tus collares de novia./A solas junto al llar enséñale a tus hijos/que tiene fin el agua como tuvo/muerte la gloria". ¡Qué infinitud, qué arrojo, cantar a los pretéritos edificando la esperanza!. Aunque poetas díscolos no saben bailar valeses ni creen en la esperanza. Otros sí: Octavio Uña escribe: "Por ese canto viejo sin garganta,/por ese canto huérfano en la plaza, levanto yo hasta el cielo de la palabra". Por sus páginas han ido quedando Olmedo, el Duero, rayas con Portugal, una Angélica nunca demeritada. Es la memoria trayendo a los renglones de la música el alma de los años. Y ahí se conservarán como se conservan los incunables, los papiros, los pasquines de la memoria siempre resucitada.

"Ciudad del ave" es de 1984 editado en el Centenario del Nacimiento de León Felipe. Contiene poemas mágicos, limpios, evanescentes, rutilantes, etéreos, predecibles, maravillados, como esos "Salmos (Para cantar en la Plaza Mayor de Tábara)" aunque, también, podrían haber sido entonados en Brime de Sog, la patria chica de Uña, en Paredes de Nava, Castroverde o Villarramiel de Campos, Saldaña, Frómiste, al pie de la misericordia eclesial o cerca de los ámbitos románicos, casi celestes. Leemos aquí: "Como las aves de paso/(León Felipe: gran díos/de helespontos y naufragios)./Como las aves de paso./No grave y sombríamente/como cuerpos funerarios". Ay, esa "Ciudad del ave", esa existencia transparente cercada por vaporosas nubes, ese horizonte exento de humo y autobuses, esa soledad confortada con la claridad del alba. El poeta sigue su viaje, su ceremonia del aprendizaje, su intransitable vehemencia. Llega a "Sones del agua": "Estas aguas que ahora son,/¿hacia qué puerto se marchan?/(Sólo Unamuno conoce/los signos de esta metáfora)./Y las aves que pasaron,/¿hacia qué estrellas lejanas?/(Torre del Gallo que dicta/transmigración de las almas)". Estamos ante "Labrantíos del mar y otros poemas" es de 1986, otra vez Editorial Vox. Enseguida nos sentimos cerca de los versos, de versos como estos de "Si vas al mar": "Si acaso vas al mar, si te sepultas/en su profunda sangre azul,/quizá no

habites/fríos de tarde/(lleva su nombre el corazón marino)./¿Quién dijo no crecían/plantadas en la mar vidas y obras,/hermosos edificios, vivas calles,/ciudad real audible,/al ojo, al pie y hacia el amor tal cercanía?/ Que acaso un paraíso de coral, fuego agilísimo/de una estrella inceleste”. Los de este libro son poemas diáfanos, generalmente cortos, casi suspiros lanzados mal entorno avezado de la memoria. En ellos la música surge de los rincones, de las vehemencias intransitables, de la claridad del alba a veces menospreciada. Y es el mar, el gran deseo humano, el azul precioso escapado de una botella, el hogar de los transatlánticos y los albatros y los peces volares. Para el gran viajero, el hombre cercano a todas las leyendas de aviones y acantilados, el mar es la vida verdadera, como lo es para el jerezano José Manuel Caballero Bonald, tan amante de todas las singladuras. Uña nos deja una bien entonada “Oración por los poetas”: “Ven tú, poeta o cicatriz contra la cara, vivan/libres los aires en tu músculo,/ábrele el corazón a los silencios,/dios y señor de las diferencias, métele/sueños al costado y hunde/todos los barcos...”. Persisten imágenes de gran personalidad, selvas de armiño, prados de sándalo y alegría. El poeta sale triunfante de sus viajes, de esas largas jornadas por aeropuertos y cansancios, tras haber recorrido las Américas, Australia, los inmerecidos espacios de Asia o la llanura ritual de Baelo Claudia. Al final, simplemente, exclama. “Que rojiblanco el amor/Que primavera en tus labios”.

“Cantos de El Escorial” de 1987, con prólogo de José López Rubio, apareció en Ediciones Escorialenses en una fecha clara, el IV Centenario de la terminación del Monasterio de El Escorial. Como Uña ha relatado en numerosas ocasiones su adolescencia tiene ese nombre, esas huellas, los ámbitos escorialenses, la cercanía del Jardín de los Frailes por el cual también transitó Manuel Azaña o se asomaba a las lejanías brumosas en las que hoy se encuentra la Presa de Valmayor, sin agua lógicamente por la pertinaz sequía de que hablaba “aquel Franco que hubo”, como decía el poeta chileno Gonzalo Rojas. Aquí es la piedra, exacta y rigurosa, la vitalidad de los turistas apresurados y de los bellezones de Suecia, Francia,

América del Norte que desayunan en el Miranda Suizo o los actos en que el mundo se vuelve comedia en el Real Coliseo Carlos III, al ladito mismo del Charolés y de las noches líricas del Cafetín Croché, donde también ha sido novedad el verso libre o los sonetos encadenados de los poetas de todo el orbe cuando, por ejemplo, se falla el premio de Poesía que permite el descubrimiento de nuevos valores a finales de cada año. Uña escribe: "Lunas te salven, Escorial, de tan profunda/noche/triste./Lunas y sueños" o esos listones libres de "Noche en Floridablanca": "Farol o girasol/de noches, ¿quién lo sabe?./Un dios o ánade/de amor fija los ojos/suave, tan lentamente./Se acercan lunas y los besos viven". El Escorial, el Monasterio, las calles empedradas de San Lorenzo del Escorial, la dulzura casi pétrea de Abantos, la música en la calle, los domingos adornados de campanas, todo vive en los versos de Octavio Uña y, luego, el mundo permanece. "Sé luz jaral, sangre resina,/bebe, muda la faz y acaso cantes/amor o mar sin tiempo". El Escorial tan cerca...

Inciso para quienes aún no hayan tenido la suerte de abrir esta "Iluminaria". Debemos aclarar que antes de esta "Poesía reunida", la de Octavio Uña, se ha visto recopilada en algunas antologías, además de los poemas publicados en revistas literarias, libros colectivos, periódicos zamoranos. Una de esas antologías se titula, precisamente, "Mediodía de Angélica", editada por el Grupo Literario "Enjambre" de Guadalajara en 1983 y, precisamente, con un espléndido prólogo de nuestro amigo, excelente poeta y decidido demócrata, Leopoldo de Luís: "Octavio Uña es poeta que, sin cultivarlos como moda-tan del momento- acusa la presencia de elementos culturales en sus versos. Resulta difícil evitarlo, cuando esos elementos están realmente asumidos, ni hay por qué: bien venidos sean, ya que tantas veces enriquecen el mundo de suscitaciones en que la poesía se sustenta". El libro tiene un subtítulo: "Antología de poesía lírica amorosa, 1976-1982" y es preciso decir que en su momento tuvo una excelente acogida, varias presentaciones con público entusiasta y amenas críticas que configuraban a su autor como alguien a tener en cuenta en el ámbito lírico de aquellos años.

La siguiente antología, con poemas inéditos y un prólogo de Laín Entralgo fue un título también muy sonado y reconocido: “Castilla, Plaza Mayor de Soledades”, del año 2001 publicado por Editorial Dyckinson. Laín denominaba a su prólogo “Otra Castilla” y escribía: “Para Octavio Uña, ¿qué es, entonces, la actual Castilla, esta plaza mayor de soledades?. ¿Sólo recuerdo muerto, adobe perdurable y ascética costumbre cotidiana?. No. Que nos lo digan algunos de sus versos. Castilla fue libertad, y libertad pide al ánimo de quien desde dentro de ella le sueña: “Mi sangre te soñó libre”. Erguida debe vivir Castilla: “De pie te quiere el destino”; “Hoy no es ayer, levántate, Castilla”. Y todo nos sonaba a Villalar de los Comuneros, más que a las instituciones de partidos algo vergonzantes que agarran el poder con todas sus fuerzas pero desoyen las voces de los poetas y del hombre de la calle. En un poema inédito se leía: “Diérate un beso en la región del alba/cuando pasa tu nombre”.

*El poeta viaja, reconoce, vive. Una muestra de la andadura poética de Octavio Uña se contiene en un hermoso libro publicado por el Ayuntamiento de Zamora y que es una antología de sus mejores versos. “Crónicas del Océano”, del año 2003, que aparece como una muestra de los miles de reflexiones que su autor ha ido dando a la imprenta desde hace más de treinta años, su época de Profesor en el Colegio y luego Universidad “María Cristina” de San Lorenzo del Escorial y a la vez filósofo y teólogo convencido y aplicado. Atrás deja su saber en otros libros de filosofía y ciencia política como “Sociedad y ejercicios de razón” o “Comunicación y libertad”,. Precisamente en este libro escribe: “El solitario es el que carece de valor o de fuerza para sobreponerse a la soledad y se instala en ella”. Tal vez esa sea la manera en que el poeta recorre el universo de las cosas y el mundo de la palabra. Conoce mares, soportales, escruta gentes, idealiza recuerdos y sonrisas, vive los espacios que los libros encierran. De todo ello nacen versos como los de estas “Crónicas...”, en cuyo prólogo Luis Alberto de Cuenca dice que “es un libro abierto a la variedad y a la inmensidad”. Con sugestivas ilustraciones de José Luis García el poemario encierra espacios de líricas transparencias, de limpias meditaciones. “A*

*veces aparece Don Quijote/a lomos de las olas por el mar”, escribe Uña, y luego los lugares, como Zamora y el mundo se abren a sus observaciones, a esas fervorosas visiones de un viajero constante y preocupado por su entorno. Vibran las aguas, el aire, los afectos y los versos lo van reflejando en su constante devenir lírico. Zamora sabe que lleva/antiguos besos del Duero”. Conocedor y amante de los grandes creadores de su tierra como León Felipe, Claudio Rodríguez o Jesús Hilario Tundidor para Uña el vasto solar de la lengua castellana es un vínculo importante para su labor creadora. Sociólogo fervoroso su puesto está al lado de las libertades, sin olvidar un ligero poso místico de su antigua biografía agustiniana pero a la hora de plasmar su inspiración aparecen los más puros afectos y los más delicados paisajes. En el poema titulado “Tasmania” leemos “Un dedo creador que separara/las aguas de las tierras. Y mal hizo:/batalla tras batalla desde entonces los que dicen contrarios./Ira quedó en la mar y hay noches que remontan hasta el cielo sus cóleras”. Pero es la amplia geografía del idioma la que florece en su poesía, el Océano es su patria lírica y, al fin, es el amor el que más frecuentemente acompaña sus versos. “A veces el amor llega en la mar, porque en la tierra agotara sus mieses”, escribe. Importa mucho recordar la perpetua pasión de Uña por la palabra, como hábil conferenciante que es, y sus dotes naturales para la reflexión y el diálogo. De todo ello queda eficiente muestra en esta antología poética titulada “Crónicas del Océano”.*

“Cierta es la tarde”, publicado por Visión Libros de Madrid en 2010, es el título de una meditada y rumorosa colección de versos donde ya el mundo penetra en los espacios cercanos de la poesía. Vamos de Funchal a la “Lisboa de fin de año” pero entretanto aparece toda la odisea galaica, de San Andrés de Teixido (“Cuentan también que fue poblada la ciudad/de miamas, sombríos de alma en pena,/que en la tarde otras gentes, otros sonos/erráticos caminan”) a Ibiza o la mirada tendida sobre “Es Vedrá”, donde el “verde rumor del sabinal/nombra dichas y paces nemorosas”. Del prólogo de este comentarista a tan inspirado poemario recordamos que el contenido del libro “es poesía leve, de amaneceres

líquidos. Es música sonora o el azogue perpetuo sin dar cabida al llanto pero sí a la emoción, tal vez interminable. Y también la ternura, sacrosanto halago, la esclavitud vencida por hallar libertades donde ya existen álamos”. De todas formas, el poeta, en “Quintana de muertos”, exclama: “ Y dad gracias a Dios que hoy os abraza/con lentísima lluvia./ (Dicen lloran los sangos y divinos/a pesar de su gloria):/Turbia noche de niebla y sucumbía/la luna al humedal. Que ni conjuros/ni canto general dieran de muerte/el antiguo dragón de la nostalgia”.

Llegamos al último, casi sacrosanto, poemario de Octavio Uña. El poeta, las mujeres y los hombres que escriben versos, lo hacen siempre, lo piensan siempre, lo sueñan siempre. Por lo tanto nunca puede hablar de su poesía como algo, digamos, completo sino que cada verso forma parte de un todo que termina mucho más allá de su muerte porque siempre hay una imagen, un pensamiento, una reflexión que queda palpitante y que alguien siglos después puede apresar y ver en ello el recuerdo, no tan efímero, de aquel creador de universos que, a la postre y de manera gratuita, es el poeta, mujer u hombre, niño, adolescente, anciano o anciana. “Puerta de salvación” es un libro extenso, con afanes de plenitud, publicado por la Universidad Rey Juan Carlos, 2011, en cuya Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales fue Catedrático de Sociología el autor: antes lo fue en o de las Universidades de Santiago de Compostela y de Castilla-La Mancha, en Albacete y en otras instituciones y universidades española. Desde la Universidad de Castilla-La Mancha, además, fundó y animó, con otros sociólogos y profesores de distintas ramas, la Asociación Castellano-Manchega de Sociología, de la que sigue siendo su Presidente, y la cual persiste en sus trabajos, reuniones, publicaciones como la Revista Barataria (Revista Castellano-Manchega de Ciencias Sociales que ha culminado la presentación de su número 23 editado en Toledo); son significativos sus congresos que han venido realizándose en Almagro, la ciudad de las comedias, y que ha se ha trasladado al solar impresionante de Valdepeñas, el del buen vino y los mejores amigos.

Nos quedaban una observación, antes de terminar este comentario. Luminaria viene a significar, simplemente, luz de adorno mientras que **iluminaria** se refiere a la luz que se coloca en un lugar en señal de fiesta o regocijo público. Ya la cita de presentación del volumen, entresacada de "Labrantíos del mar..." del propio Uña, dice "Oh iluminariamente vivir, decir en cal el mundo". Vivir es hacer nuestro el breve interregno en que se nos permite deambular por un planeta acosado, amar, crear, tener hijos, recorrer los espacios siderales, mirar escaparates o viajar en autobuses. Pero este poemario último, esta "Puerta de salvación" se nos antoja un edificio completo, una obra extensa, una homilía laica capaz de conmover al lector, al mundo. En ella todo se transfigura, todo toma el color de la conciencia, destila pasión y vivencias, nos permite asomarnos a la eternidad, a lo etéreo, a lo transparente. El poeta, no en vano es un hombre religioso, penetra en el alma de los hombres, de las cosas, de los pueblos, de los rincones, de las fuentes. Y los hace suyos mostrarnos, igual que ya nos ha mostrado los mundos intensos y grandiosos de las geografías mundanas, que pueden ser Australia, la Europa del desencanto o de los fríos nórdicos, la eterna Rusia o el Asia veleidosa, las Américas, de norte, sur centro e islas adyacentes, o las cercanías de Los Aljibes del Duero y la puerta de su casa, ese Escorial de tantos años, ahora penetra, a veces de nuevo, en las cercanías del corazón. Todo "sucede entonces, cuando/se hace lenguaje el corazón y el canta", como dice Jesús Hilario Tundidor. Y Uña replica: "Los que embarcan su alma y sus enseres, ¿sabes si volverán?". Él ha vuelto, ha retornado a la mejor poesía, a los espacios abiertos del espíritu, pero sin olvidar las dosis de espiritualidad que precisa el ser humano, sea católico o aborigen del Amazonas con sus dioses y sus carencias. Hay que leer breve y concienzudamente el apartado denominado "Misereres para Unamuno" para comprender el valor profundo de las palabras del poeta, sus insinuaciones de vitalismo y su inmenso bagaje cultural y filosófico: "Niebla no, Don Miguel, ni luz pálida. ¿Viven las almas en su olmo opaco, reino

postrero de la vida o sueño?”. No sé si nos atreveremos a contestar al profesor-poeta Octavio Uña Juárez.

Manuel Quiroga Clérigo.  
Majadahonda, Sábado 13 de Enero de 2018.